

LA FIEBRE

La fiebre no es una enfermedad, sino una señal de alarma del organismo, en la mayoría de las veces, ante la presencia de un agente infeccioso, aunque puede haber otras causas. Lejos de ser un enemigo, es una parte importante de las defensas del cuerpo contra la infección. Muchos bebés y niños presentan fiebre alta con enfermedades virales menores. Aunque una fiebre sea para nosotros un signo de que se podría estar presentando una batalla en el cuerpo, dicha fiebre está luchando a favor de la persona y no en contra.

La mayoría de las bacterias y virus que causan las infecciones en los humanos prosperan mejor a 37° C, de tal manera que elevar la temperatura unos cuantos grados puede darle al cuerpo el margen de victoria. Además, la fiebre activa al sistema inmunitario del cuerpo para fabricar más glóbulos blancos, anticuerpos y otros agentes que luchan contra las infecciones.

Es un mecanismo de defensa que inhibe la multiplicación de los microorganismos, al mismo tiempo que disminuye la producción de toxinas producidas por éstos. También es una ayuda ya que aumenta la acción de los antibióticos.

Sin embargo es importante controlar la fiebre para que con ella disminuyan también los malestares que genera el aumento de temperatura en el cuerpo y los efectos que puede llegar a tener, como son la deshidratación, escalofríos, delirios y convulsiones.

Cuándo hay fiebre debemos:

- Identificar la causa que la provoca para administrar el antibiótico adecuado si procede.
- Destapar al enfermo, dejándolo solamente con ropa ligera.
- Poner compresas de agua casi fría en la frente, nuca y/o axilas, y si es necesario bañarlo con agua tibia.
- Administrar agua, jugos y caldos constantemente y poco a poco, sobre todo si se acompaña de vómitos y/o diarrea.
- Administrar el antipirético indicado por el médico y ajustándose a la dosis prescrita.